



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11185

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 16 DE FEBRERO DE 1899

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 81.

EN LAS VÍSPERAS

La llegada de la cuaresma coincide con la animación de la política.

Tiempo de penitencia es este que nos impone la religión. Tiempo de penitencia es también el que se anuncia con este movimiento político, que va creciendo y que llegará al maximum cuando, abiertas las Cortes, se diga en ellas lo que ha permanecido callado durante tantos meses.

La cuaresma viene á poner freno á nuestras locuras mortificándonos el cuerpo. La apertura de Cortes, que ya está próxima, viene á mortificarnos también, pero en el alma.

¿Como vino la guerra? ¿Por qué vino? ¿Qué razón hubo para que á la hora del peligro se encontrara la nación exhausta de recursos ó indefensa por mar? ¿Por qué sobrevino tan pronto la catástrofe y por qué fué tan grande? ¿Qué ocurrió en los desastres de Santiago de Cuba y Cavite?

No hay español que no se haya hecho muchas veces esas preguntas desde el 13 de Agosto; pero ninguno se las ha contestado satisfactoriamente.

La propia inteligencia se hace un lío y se ofusca al querer desenmarañar lo que haya en ellas; y al acudir á los órganos de publicidad, buscando ayuda, quedó burlada, porque esos órganos estaban incapacitados por la censura para dar á la publicidad lo que sabían.

Ahora es distinto. La censura ha cesado y libres de la mordaza los periódicos, ellos dirán lo que antes no dijeron ó informarían al país de lo que le interesa.

Las Cortes acabarán de decirnos la verdad. En los discursos de los oradores y en las declaraciones de los ministros iremos sorprendiendo lo que ignoramos; pero saca-

remos la triste evidencia de que, en grande ó pequeña medida, cábenos una parte de culpa en las desgracias del país.

Quisimos jugar el todo por el todo, lo jugamos al fin y hemos perdido.

Y no es lo peor que hayamos caído hondo. Lo malo es que hemos vivido al calor de las glorias pasadas, confiados en nuestro valor legendario; y al caer en la pasada guerra, han caído sobre nosotros los laureles que eran nuestro orgullo y certificaban de nuestra fama.

Las Cortes van á abrirse y el país lo desea. Nosotros también lo deseamos. Tenemos ansia de saber muchas cosas; pero mucho tememos que esa sabiduría que que reinos adquirir sea como taligazo dado por mano experta en pleno rostro.

La cuaresma de este año va á ser terrible. Si la religión nos mortifica el cuerpo, con el ayuno y la vigilia, la nación, valiéndose de sus representantes, nos herirá en el alma.

Y menos mal si, entonces lo el yo pecador, hacemos propósitos de enmienda.

TIJERETAZOS

«El New York Herald», en su edición de París, acusa á los alemanes de prestar ayuda á los filipinos.

Y se duele el colega y saca á relucir la nobleza, la lealtad y otra porción de cosas que ni de nombre conocen los yanquis.

¿Con qué derecho las invoca? Quienes mintiendo amistad y buena fé nos esperaron en la enroscada para clavarnos el puñal traicion, no pueden exigir á los demás conducta diferente, á menos que hayan prescindido del decoro.

¡Lemos! —«La pérdida levantada en guerra en Morilla es de malhechores.»

¿Podía ser de otra cosa? ¿Qué bien pueden proporcionar á la nación unos hombres que tratan de hacerle derramar la poca sangre que le queda y gastar el último dinero?

GLOBOS NACIONALES

Pérdida de la isla de Trinidad.

16 de Febrero de 1797.

El 18 de Agosto de 1795, para colocarse en condiciones de poner freno á los atropellos y actos de piratería á que se entregaban los ingleses en las colonias que España tenía en las Américas, Carlos IV celebró con el gobierno francés el para nosotros tan funesto tratado de San Ildefonso, y poco tiempo más tarde los aliados declararon la guerra á la Gran Bretaña, á la cual puso término el congreso de Amiens con el tratado que se firmó el 27 de Marzo de 1802.

Varios fueron los hechos adversos que España registró en tan desdichada guerra.

Entre ellos fué el más doloroso é importante la pérdida de la isla de la Trinidad, la más grande de las Antillas de Barlovento, que quedó definitivamente perdida para España, ocurrida el 16 de Febrero de 1797.

He aquí algunos pormenores de tan desgraciado hecho:

El 16 de Febrero de dicho año se presentó ante la Trinidad el almirante británico Harvey con su escuadra, compuesta de tres navios, tres fragatas, y otros barcos de distintos tonelajes, que conducían 7000 hombres de desembarco mandados por el general Albercombray.

El gobernador de la isla, brigadier de marina D. José María Chacón, y el jefe de la escuadra española surta en el puerto de Changuararas, D. Sebastián Ruiz de Apodaca, se desconcertaron de tal modo ante la presencia de los ingleses, que las disposiciones que tomaron fueron tan desastrosas como funestas, no obstante la justa fama que ambos generales gozaban de valerosos y expertos.

Ruiz de Apodaca, siguiendo acuerdo tomado en junta de jefes, quemó los barcos para que no cayeran en poder del enemigo y por no crearse capaces de sostener combate con los de éste, y

como las órdenes dadas por Chacón corrieran parejas con las de aquél, los ingleses desembarcaron tranquilamente y se hicieron dueños de la isla.

Chacón se había encerrado en la capital con tres batallones de tropas veteranas y las milicias de que disponía para la defensa, y el día 18, tras de muy escasa resistencia capituló, quedando en libertad para trasladarse á España con la guarnición.

Ruiz de Apodaca, Chacón y los jefes de los barcos incendiados se vieron, en castigo á su falta de energía y de resolución, privados de sus empleos y desterrados.

El bachiller Alonso de Zamora. (Prohibida la reproducción.)

CUENTO DE CARNAVAL

ARREPENTIRSE Á TIEMPO.

Manolín era un buen muchacho, salvo que era un holgazán completo, un camorrista y perdona vidas de cuerpo entero, un jugador sempiterno, un borracho de primera fuerza, un conquistador callejero irresistible, y que, por último, le gustaba darse «charols» por la calle de Sevilla, en Madrid, echándose las de torero, con chaqueta corta, pantalón ajustado, botas enterizas, sombrero cordobés, descomunales pañuelos y la correspondiente coleta.

Tenía 20 primaveras floridas, y nuestro héroe que tenía más que á un rayo á los bichos, quiso liarse los trastos á la cabeza y trastear y pasar de capa á una linda chulapa de la calle de Embajadores, que le había echado el volcánico corazón.

La muchacha, al ver la lámina de Manolín y creyendo que sería un torero en ciernes, le admitió á libre plática; y todo marchaba viento en popa, cuando el demonio metió la pata, descubriendo á la chica que su adorado tormento no toraba más que en el plato.

Aquí fué troya ó la desgracia de Manolín, el cual fué arrojado de la casa ignominiosamente.

Marchóse á la calle de Sevilla á buscar consuelo en la amistad con el semblante compungido, el corazón descorado y la muerte en el alma; y allí qui-

so su mala ventura que se encontraba con Retróncia, otro torero de invierno, que debía su apodo á que no cesaba de sacar punta á cuantas palabras escuchaba.

—¡Ay, compadre de mis entretelas,—le dijo Manolín, echándole el brazo por encima—estoy desesperado, loco; y siento aquí en el corazón un reconocio que me ahoga.

—Cálmese V., compadre, y cuente conmigo que para algo son los amigos —Gracias; y me alegro de encontrarle á V. porque tenía que pedirle un favor.

—(A buena parte vienen). Hable usted y si no es dinero ni cosa de molestia, cuente con mi amistad sincera.

—¿Qué bueno es V! —Es mi natural. Mis padres me echaron al mundo así.

Breve pausa. —¿Tiene V. un cañón, una escopeta ó un revolver?

—¡Cristo! ¿Vá V. á marcharse con los carlistas?

—No, señor. Le hablo á V. con seriedad.

—Pues, hombre, siendo así, le diré que tengo encima una pistola que compré en el Rastro por medio duro.

—¿Y se puede matar una persona con ella?

—Yo lo creo; con tirarse un tiro por debajo de la barba está todo listo.

—Préstemele V.

—¿Vá V. hacer alguna barbaridad?

—Voy á matarme—respondió con voz sepulcral.

—¡Ave María Purísima!

—Siempre ha sido V. un buen amigo, y no me dejará padecer ahora.

—¿Me prestará V. la pistola?

—Hombre, tiene V. una «labia»; se explica V. de una manera tan sentimental que mi pistola está á su disposición. Algo extraño pasó por el semblante de Manolín, que un observador hubiera atribuido á contrariedad, pues, sin duda esperaba otra contestación de su amigo; pero supo disimular, y continuó con voz lastimera:

—Vamos, amigo mío, acompañeme V. á la Ronda de Vioivaro y allí me mataré.

—Vamos no quiero abandonarle en tan supremo lance; y no se le olvide de escribir la carta para que no se culpe á

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 666

LA PRINCESA DE LOS URSINOS 667

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 670

cer aquella conspiración, nada le había hablado de ella, para nada se había contado con él.

—¡Ah! nada importa que no hayan contado conmigo, dijo Mr. de la Chaumiere; yo me tomaré la parte que me corresponda; ¿pero cómo?...

Entonces se acordó de que á causa de haber cogido en la galería baja del alcázar, junto á la puerta del patinillo, á Lucas Cabezaúo, no había devuelto la llave de aquella puerta al conserje de la parte baja del alcázar.

Aquella llave la tenía Mr. de la Chaumiere en su casa.

Dirigióse á ella con suma rapidez Mr. de la Chaumiere, tomó la llave, se enojó al alcázar, se hizo abrir la puerta de las meninas dando su nombre, adelantó silenciosamente, se metió sin hacer ruido por el pasadizo, llegó al postigo, le abrió y cerró por dentro.

Al poner la llave en la cerradura, un hombre que por la parte de adentro iba á abrir, se retiró vivamente y se ocultó entre la sombra en un ángulo del patinillo, tras el saliente de una de las rejías.

Mr. de la Chaumiere abrió, entró, cerró, y miró al balcon de la cámara de Azucena que daba al patinillo.

Tras los cristales se veía luz.

Mr. de la Chaumiere arrancó un fragmento del revestimiento de la pared, y le arrojó con poca fuerza á los cristales, sobre los que produjo un ligero ruido.

Poso despues una sombra gentil se recortó sobre los cristales, y á seguida se abrió el balcon y avanzó sobre la balaustrada una dama.

II

—¿Sois vos, señora mía? dijo Mr. de la Chaumiere

—Si, yo soy, dijo Azucena; y ciertamente que no os esperaba; subid.

Mr. de la Chaumiere, sirviéndole de escala la reja, subió al balcon y penetró en la cámara de Azucena.

El balcon volvió á cerrarse.

—¡Ah! dijo el que se había ocultado en el ángulo del patinillo, dejando conocer por su voz á Bizarro: se entienden; sin duda Azucena le ama, y por eso se obstina en casarse con él; pues bien; esto es antes que lo otro.

Estas últimas palabras acabó de decir las Bizarro ya en el balcon del cuarto de Azucena, al que había trepado con suma rapidez.

in artículo mortis del marqués de Castroviejo, el escribano de Pozofrio.

III

—Y bien ¿qué tiene eso de extraño? ¿habrá sido el señor rey don Carlos II el único que ha tenido hijos bastardos reconocidos? Oreo que el gran Luis XIV nuestro amo, ha reconocido y elevado á la categoría de príncipes de la sangre á hijos de sus queridas.

—Si, es verdad; pero á hijos verdaderos, dijo Mr. de la Chaumiere.

—Es decir, contestó Azucena con una tranquilidad que causaba miedo á Mr. de la Chaumiere, que yo no soy hija verdadera del rey don Carlos II.

—Ese pobre rey, señora, no tuvo hijos, contestó Mr. de la Chaumiere; fué víctima de una superchería y aquí tengo la prueba.

Y Mr. de la Chaumiere dio á Azucena los dos documentos contenidos en el pliego que había estado cerrado con tres sellos de laere y que le había vendido el mayordomo del marqués de Castroviejo.

—Resulta, pues, de estos documentos, cuya legitimidad no es dudosa, no solamente que el rey don Carlos II no es padre de doña Esperanza de Ayala, sino tambien que yo no soy esa doña Esperanza;